

Diálogo interreligioso en medio de una sociedad pluralista

Luis Diego Segura Céspedes
Escuela de Ciencias Teológicas
Universidad Católica de Costa Rica

El diálogo interreligioso ha tenido un papel muy importante en la Iglesia, especialmente después del concilio Vaticano II, que incluso dedicó una declaración al tema: *Nostra Aetate*. Por otra parte, asistimos a un momento histórico particular. El desarrollo de las comunicaciones, el acceso a la información y las facilidades de movilización de los grupos humanos hacen que en cada lugar geográfico encontremos diversidad de culturas, credos, etc., expresión, sin duda alguna, de las personas que allí conviven.

Aquí trataremos el tema del diálogo interreligioso en una sociedad pluralista. Primero, hablaremos de la importancia del diálogo y su fundamento teológico, y luego nos detendremos en el diálogo interreligioso. En un segundo momento, desarrollaremos la necesidad de anunciar el evangelio y su relación con el diálogo y, en particular, con el diálogo interreligioso, dos elementos fundamentales y no excluyentes del proceso de evangelización.

En este recorrido, descubriremos algunos obstáculos que se encuentran tanto en el camino del diálogo como en el anuncio del evangelio, y concluiremos con algunos desafíos para el diálogo interreligioso en una sociedad pluralista.

1. La importancia del diálogo

Antes de hablar del diálogo interreligioso en una sociedad pluralista, es importante detenerse en la necesidad del diálogo, a todos los niveles, para la Iglesia. El interés no es meramente antropológico, sino esencialmente teológico¹,

1. J. Dupuis, *El cristianismo en las religiones, del desencuentro al diálogo*, p. 309 (Santander: Sal Terrae, 2002).

cuyo fundamento es la comunidad que tiene su origen en Dios, a través de la creación, y su destino en Él, por medio de la salvación, realizada en la persona de Jesucristo². El concilio Vaticano II ha agregado un tercer principio: el Espíritu de Dios está presente y activo en la vida de los “otros” y en todas las tradiciones religiosas, así como está igualmente presente en todos los cristianos y en los miembros de la Iglesia³. De allí que esta no pueda dejar de dialogar con todos y en todos los momentos de la historia. De esta manera, el diálogo con los otros y con los miembros de la Iglesia se convertirá en uno de los frutos más importantes del Espíritu Santo⁴, cuya presencia y actividad no solo afecta a las personas, sino también a la sociedad, la historia, los pueblos y las religiones. Aquí es donde surge la doctrina de la presencia activa del Espíritu Santo en el mundo⁵.

El diálogo lo podemos entender de diversos modos. En un primer momento, puede tener lugar solo a nivel humano, esto es, una comunicación para lograr un fin determinado⁶. Si profundiza un poco más, es comunión interpersonal. Ahora bien, en un segundo plano, podemos entender el diálogo como una actitud de respeto y amistad, que debería estar presente en todas las actividades evangelizadoras de la Iglesia⁷. Y finalmente, el diálogo es también el conjunto de relaciones interreligiosas, tendientes al mutuo conocimiento y enriquecimiento recíproco⁸.

Dios, a lo largo de los siglos, ha ofrecido la salvación a la humanidad. En consecuencia, la Iglesia, en fidelidad a esa iniciativa divina, debe entrar en diálogo de salvación con todos⁹. El fundamento del diálogo interreligioso es la universalidad del reino de Dios, que comprende, por su misma naturaleza, a los que pertenecen a otras tradiciones religiosas¹⁰. El diálogo interreligioso es fundamental para la Iglesia. Debe colaborar asiduamente con él, haciéndose presente a toda la humanidad de maneras diversas y mostrándole respeto y amor¹¹. Una vez aclarado el fundamento teológico del diálogo y la importancia del diálogo interreligioso para la Iglesia, podemos explorar cómo se hace presente en la sociedad pluralista.

2. *Ibid.*, p. 304.

3. *Ibid.*, p. 305.

4. *Ibid.*, p. 307.

5. *Ibid.*, p. 306.

6. Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso y Congregación para la Evangelización de los Pueblos, *Diálogo y anuncio, reflexiones y orientaciones sobre el diálogo interreligioso y el anuncio del Evangelio*, núm. 9. Disponible en <http://columbanird.org/systems/wp-content/uploads/2015/04/Dialogo-y-Anuncio.pdf>.

7. *Ibidem*.

8. *Ibidem*.

9. *Ibid.*, núm. 38.

10. J. Dupuis, *El cristianismo en las religiones*, o. c., p. 307.

11. Pontificio Consejo, *Diálogo y anuncio*, o. c., núm. 39.

2. El diálogo interreligioso en la sociedad pluralista

El diálogo con otras religiones no es algo nuevo para el cristianismo. Desde sus inicios, tuvo que entrar en relación con ellas. Algunas de esas religiones eran muy antiguas. El caso típico es el del judaísmo. La novedad estriba en la actitud de la Iglesia, que reconoce sus valores positivos¹². La constitución pastoral *Gaudium et spes* y la declaración *Nostra Aetate* retoman la importancia del diálogo interreligioso, cuyo fundamento es que todos los pueblos forman una única comunidad y que todos tienen un mismo origen, puesto que Dios los hizo habitar la faz de la tierra¹³.

Pablo VI sostenía que Dios, por medio de la Iglesia, prolongaba el diálogo de salvación con toda la humanidad, a lo largo de la historia¹⁴. Por tanto, la Iglesia está llamada a entrar en diálogo con todo el mundo, con los miembros de otras religiones, con otros cristianos y, finalmente, con sus propios miembros. *Gaudium et spes*, refiriéndose al diálogo con otras religiones, expresa su deseo de “que el diálogo abierto nos mueva a todos a aceptar fielmente los impulsos del Espíritu y a cumplirlos con entusiasmo”¹⁵.

En una sociedad pluralista, de la cual somos parte, incluso donde los cambios son sumamente rápidos, el diálogo interreligioso cobra gran importancia, no solo por los elementos antes mencionados, sino además, porque las religiones ya no se contentan sencillamente con existir y sobrevivir. En algunos casos, han experimentado una renovación auténtica y siguen inspirando e influyendo en la vida de millones de personas que se adhieren a ellas¹⁶. Así, pues, debemos acercarnos a ellas con gran sensibilidad, dado que contienen valores espirituales y humanos¹⁷. En cada una de ellas, según el concilio Vaticano II, existe un destello de la verdad que ilumina a toda la humanidad. En ellas reconocemos las semillas de la palabra, descubriendo así la riqueza que Dios ha distribuido entre todos los pueblos¹⁸.

Esto vale no solamente para los cristianos, sino también para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de modo invisible. Cristo murió por todos, y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina. En consecuencia, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de solo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual (*GS* 22).

12. J. Dupuis, *El cristianismo en las religiones*, o. c., p. 299.

13. *Nostra Aetate*, núm. 1.

14. J. Dupuis, *El cristianismo en las religiones*, o. c., p. 299.

15. *Gaudium et spes*, núm. 1.

16. Pontificio Consejo, *Diálogo y anuncio*, o. c., núm. 4.

17. *Ibid.*, núm. 14.

18. *Ibid.*, núm. 15.

Por otra parte, tenemos la realidad antropológica, que exige, por razones de orden biológico, social y ético, la relación con otros seres humanos. Esta relación implica el reconocimiento y la acogida en el ámbito personal¹⁹. Se trata de acoger al otro en su humanidad, una realidad compartida, y en su alteridad, que me interpela, sin que el yo y el tú se pierdan o se diluyan, el grave problema antropológico de nuestra época²⁰. El ser humano solo puede realizar su personalidad en relación auténtica con los otros, lo cual implica que “no se puede percibir y acoger al otro si no en una dimensión de escucha-diálogo y en un empeño de reciprocidad, presupuestos importantes de un auténtico encuentro personal, respetuoso de la alteridad”²¹. Además, no debemos olvidar que un diálogo verdadero demanda confianza en el otro y escucha atenta, la verdadera fuente de conocimiento²².

El deseo sincero de búsqueda de la verdad es otro aspecto que subraya la importancia del diálogo interreligioso en una sociedad pluralista²³. Según el Vaticano II, ese diálogo debe llevarse a cabo en el respeto mutuo, ya que el amor es quien dirige el camino. Cabe recordar que Dios nos ha llamado a ser hermanos²⁴.

Desde la perspectiva sociológica, el pluralismo es pluriformidad, es decir, cada persona tiene su propia visión particular. Pero “su interpretación, a pesar de ser la mejor para él, no es la única”. Las otras personas del grupo tienen “opiniones diferentes, que se cristalizan en formas diferentes dentro la misma comunidad”²⁵. De esa manera, se corre el peligro de que cada una de ellas, muchas veces con habilidades diferentes, empiece a construir una especie de torre de Babel. En ese caso, puede que nunca hallen puntos de encuentro y de comunión, lo cual puede conducir a extrapolar las visiones personales e incluso a una visión errónea del mundo²⁶. Esto puede llevar al relativismo y a la asimilación²⁷.

El relativismo sostiene el carácter relativo de las culturas, razón por la cual las respeta y las tolera. El problema es que no va más allá de la simple aceptación

19. G. Cicchese, *Antropología del diálogo, hacia el “entre” de la interculturalidad*, p. 106 (Buenos Aires: Ciudad Nueva, 2011).

20. *Ibidem*.

21. *Ibid.*, p. 107.

22. D. de Vallescar, *Hacia una racionalidad intercultural. Cultura, multiculturalismo e interculturalidad*, p. 228, tesis doctoral (Madrid, 2000).

23. *Ibid.*, p. 228.

24. *GS*, núm. 92.

25. D. de Vallescar, *Hacia una racionalidad intercultural*, o. c., p. 236.

26. *Ibidem*.

27. Congregación para la Educación Católica, *Educación al diálogo intercultural en la escuela católica*, núm. 21.

de la otra persona, sin intercambio, ni reconocimiento adecuado²⁸. La asimilación, por otro lado, se caracteriza por adaptar, lo cual implica que la otra persona debe renunciar a su propia identidad para adoptar la del otro²⁹. El relativismo no promueve el diálogo auténtico, ya que los grupos culturales están siempre juntos, pero separados, cada uno encerrado en sus propias convicciones. Mientras que la actitud de asimilación impone los valores culturales de la mayoría y, de esa manera, el pluralismo se “reduce a una mera inserción de las culturas minoritarias con ausente o escasa atención a las culturas de origen”³⁰. En ninguno de estos casos acontece un auténtico diálogo. Este exige, como punto de partida, tomar conciencia de la identidad específica de cada uno de los interlocutores³¹. De allí la importancia de partir de la actitud intercultural.

3. La interculturalidad: la clave para el diálogo interreligioso

La comunidad internacional reconoce que el relativismo y la asimilación no propician un auténtico diálogo, ni han contribuido a gestionar las diferencias culturales³². La perspectiva intercultural, en cambio, ofrece posibilidades reales para crear un diálogo más eficaz, porque tiene “como punto de partida una toma de conciencia de la identidad específica de los diversos interlocutores”³³. Por esa razón, la diversidad deja de ser un problema y se convierte en riqueza para la comunidad pluralista. El mismo pluralismo abre a las diferencias de procedencia, de la relación entre el hombre y la mujer, e incluso las sociales³⁴.

Ahora bien, no debe confundirse la interculturalidad con la interdisciplinariedad, mucho menos con la transdisciplinariedad y el multiculturalismo. La interdisciplinariedad se encarga de la relación y del enriquecimiento entre las diversas disciplinas existentes en una cultura³⁵, mientras que la interculturalidad centra su atención en la cultura y en las culturas, no en las disciplinas. La transdisciplinariedad pretende cultivar las distintas disciplinas para abrirse a aquello que las atraviesa y las supera a todas³⁶. En cambio, la interculturalidad se pregunta por el ser, la realidad y el yo. El multiculturalismo tiende a pensar que existe una cultura superior a todas las demás, capaz de ofrecer adecuada hospitalidad, donde todas pueden convivir³⁷. Mientras que la interculturalidad “se

28. *Ibid.*, núm. 22.

29. *Ibid.*, núm. 24.

30. *Ibid.*, núm. 25.

31. *Ibid.*, núm. 26.

32. *Ibidem.*

33. *Ibid.*, núm. 27.

34. *Ibidem.*

35. D. de Vallescar, *Hacia una racionalidad intercultural*, o. c., p. 266.

36. *Ibidem.*

37. *Ibidem.*

caracteriza por la exigencia de la apertura al otro, puesto que la problemática de las preguntas es algo que no podemos resolver en solitario, ya que no a todos se nos presentan como fundamentales³⁸. La apertura al otro implica confianza en él por ser fuente de comprensión y conocimiento³⁹, y la “aceptación del riesgo de ser vencidos, convertidos o simplemente quedar desconcertados”⁴⁰.

La apertura al otro, sin miedo a ser vencido, facilita el diálogo interreligioso desde distintos ámbitos. El primero es el de la vida, donde las personas se esfuerzan por vivir en espíritu de apertura, compartiendo sus alegrías y preocupaciones⁴¹. El segundo es el de las obras, donde todos colaboran como comunidad humana en el desarrollo integral, sin poner en peligro la libertad⁴². El tercer ámbito es el de los intercambios teológicos, a través de los cuales los expertos buscan profundizar en la comprensión de cada una de las herencias religiosas, apreciando mutuamente los valores espirituales de cada una⁴³. El cuarto ámbito consiste en el diálogo de la experiencia religiosa, “en el cual las personas enraizadas en sus propias tradiciones religiosas comparten sus riquezas espirituales”⁴⁴, “en esta búsqueda sincera de la verdad, y de Dios. No se debe olvidar que el diálogo en un contexto de pluralismo religioso” es “el conjunto de las relaciones interreligiosas, positivas y constructivas, con otras personas y comunidades de otras confesiones, tendientes a un conocimiento y enriquecimiento recíproco”⁴⁵.

El verdadero fundamento del diálogo interreligioso es el principio de la interculturalidad. En la sociedad pluralista, la diversidad de mentalidades, la sospecha sobre las motivaciones de los otros y el espíritu polémico, en el momento de expresar convicciones religiosas, pueden obstaculizar el diálogo⁴⁶. El insuficiente conocimiento y comprensión del propio credo, así como de las prácticas religiosas de los otros, suelen llevar a interpretaciones equívocas que hacen mucho daño. Lo mismo sucede cuando no existe la adecuada apertura, lo cual desemboca frecuentemente en posturas agresivas y defensivas. A veces, los factores sociopolíticos no permiten que el diálogo alcance la profundidad esperada. Así, el materialismo y la indiferencia religiosa terminan generando confusión y creando nuevos problemas⁴⁷. Finalmente, uno de los más comunes es

38. *Ibidem*.

39. *Ibid.*, p. 228.

40. *Ibidem*.

41. Pontificio Consejo, *Diálogo y anuncio*, o. c., núm. 42.

42. *Ibidem*.

43. *Ibidem*.

44. *Ibidem*.

45. *Ibid.*, núm. 9.

46. *Ibid.*, núm. 52.

47. *Ibidem*.

pensar erróneamente que la misión de la Iglesia debe sustituir el anuncio por el diálogo⁴⁸. Esta postura olvida que la misión primordial de la Iglesia es anunciar el evangelio a todos los hombres. De ahí la necesidad de dedicar un espacio importante a anunciar el evangelio en la sociedad actual.

4. La necesidad de anunciar el evangelio

4.1. El anuncio del evangelio

Aparentemente, en algunas ocasiones, existen problemas entre el diálogo y el anuncio del evangelio. En realidad, los dos forman parte de la dinámica evangelizadora de la Iglesia⁴⁹, aunque no sin tensiones, lo cual es propio del caminar de la Iglesia. En efecto, esta camina, junto con otros, entre el “todavía no” y la plenitud del reino de Dios. La Iglesia peregrina en la historia humana, al mismo tiempo que es sacramento de dicho reino⁵⁰. Llegados a este punto, conviene clarificar qué entendemos por anuncio.

El anuncio es la comunicación del mensaje evangélico, el misterio de la salvación realizado por Dios para todos en Jesucristo, con la potencia del Espíritu Santo. Es la invitación a un compromiso de la fe en Jesucristo, invitando a entrar mediante el bautismo en la comunidad de los creyentes que es la Iglesia⁵¹.

Jesús confió a sus discípulos el anuncio del evangelio y “la Iglesia lo sabe”, tal como afirma Pablo VI. “Ella tiene viva conciencia de las palabras del Salvador: ‘Es preciso que anuncie también el reino de Dios en otras ciudades’”⁵². El reino no puede separarse de la persona de Jesús, porque él muestra a todos que en él y por él dicho reino entra en el mundo y está entre nosotros⁵³. En consecuencia, la misión de la Iglesia consiste en proclamar el reino de Dios, que Jesús estableció con su vida, muerte y resurrección. Por ese motivo, podemos afirmar con toda propiedad que no existe una verdadera evangelización sin anunciar el nombre, la vida y las promesas de Jesús, el Hijo de Dios⁵⁴.

Al proclamar esta palabra, la Iglesia debe confiar siempre en la acción del Espíritu Santo, quien propicia el anuncio y conduce a la humanidad a la escucha atenta y a la adhesión a la fe. Este anuncio no se da en el vacío, porque el Espíritu Santo está presente en quienes escuchan la Buena Noticia mucho antes

48. *Ibid.*, núm. 4.

49. J. Dupuis, *El cristianismo en las religiones*, o. c., p. 308.

50. *Ibid.*, p. 309.

51. Pontificio Consejo, *Diálogo y anuncio*, o. c., núm. 10.

52. Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, núm. 14.

53. Pontificio Consejo, *Diálogo y anuncio*, o. c., núm. 56.

54. *Ibid.*, núm. 58.

de la acción misionera de la Iglesia⁵⁵. Por eso, el diálogo no es proselitismo. No busca nuevos adeptos a una determinada doctrina, sino propiciar la llamada del Espíritu a todos los pueblos a la conversión. Ante todo, es una invitación a volver libremente al corazón de Dios⁵⁶. Conversión no es sinónimo de cambio de religión, sino una llamada interior al discipulado de Jesucristo en la Iglesia.

El anuncio tiene una serie de características que conviene tener en cuenta, en una sociedad pluralista, como la actual: la confianza en la acción del Espíritu Santo es el punto de partida, según las enseñanzas de Jesús a sus discípulos; el anuncio es humilde, porque sabe que la plenitud de la revelación de Jesucristo es un don gratuito, y es dialogante, porque “el que escucha la palabra no es oyente pasivo: Hay un progreso desde las ‘semillas del Verbo’ ya presentes en quien escucha, hacia el misterio pleno de la salvación en Jesucristo”⁵⁷; y los mensajeros nunca están a la altura de las exigencias de su misión⁵⁸.

Además, el anuncio debe encarnarse en la cultura y la tradición espiritual de las personas a quienes se dirige. Solo así será comprensible y estas podrán descubrir las respuestas a sus aspiraciones más profundas⁵⁹.

Fuera de la comunidad cristiana, el anuncio puede encontrar dificultades, que conviene tener en cuenta. Una de ellas es el peso de la evangelización, que ha causado temores o ha herido a las personas de otras religiones. Otra dificultad es la inadecuada concepción de los derechos humanos y la falta de respeto a las personas, que a veces ha llevado a la pérdida de la libertad religiosa⁶⁰. La identificación de la religión con un sistema político o económico no pocas veces crea un clima de intolerancia. Finalmente, el indiferentismo, el relativismo y el sincretismo obstaculizan el anuncio del evangelio⁶¹.

4.2. El diálogo interreligioso y el anuncio

El diálogo y el anuncio forman parte del proceso evangelizador. Pero el diálogo interreligioso y el anuncio, aunque legítimos y necesarios, no se encuentran al mismo nivel⁶². La misión de la Iglesia consiste en dialogar y anunciar. Está llamada a establecer un diálogo con las personas pertenecientes a otras tradiciones religiosas y, así, convertirse en signo e instrumento de la unión con

55. *Ibid.*, núm. 68.

56. J. Dupuis, *El cristianismo en las religiones*, o. c., p. 309.

57. Pontificio Consejo, *Diálogo y anuncio*, o. c., núm. 70.

58. *Ibidem*.

59. *Ibidem*.

60. *Ibid.*, núm. 74.

61. *Ibidem*.

62. *Ibid.*, núm. 77.

Dios y de la unidad del género humano⁶³. También está llamada a anunciar para conducir al conocimiento explícito de lo que Dios ha hecho por nosotros en la persona de su Hijo Jesucristo. Por tanto, los cristianos estamos llamados a realizar esta única misión de la Iglesia de dialogar y anunciar⁶⁴.

Las formas y las maneras de llevar a cabo el anuncio y el diálogo dependen de las circunstancias de cada pueblo y de cada cultura. Los cristianos siempre deben contar con la influencia del Espíritu Santo, y “tanto cristianos como aquellos que pertenecen a otras tradiciones religiosas, estamos invitados por Dios mismo a entrar en el misterio de su paciencia, como seres humanos que buscan la luz y la verdad”⁶⁵.

Finalmente, el diálogo se desarrolla entre personas vinculadas previamente por el reino de Dios, inaugurado por Jesús. La pertenencia a religiones diferentes no impide la profunda comunión en el Espíritu⁶⁶, la cual se explicita en el diálogo. Así, pues, caminamos en la historia como copartícipes del reino de Dios hacia la nueva humanidad querida por él al final de los tiempos.

5. Los desafíos del diálogo interreligioso

En vista de lo anterior, el diálogo interreligioso en una sociedad pluralista enfrenta una serie de desafíos, los cuales, en buena medida, dependen de los contextos culturales y religiosos, y de las personas que los lleven adelante. El primer desafío es el compromiso y la apertura al diálogo interreligioso. El diálogo solo es sincero cuando los interlocutores se tratan como iguales⁶⁷. Por tanto, ninguno cuestiona la fe de los otros y todos se comprometen a mantener su integridad. La dimensión personal de la fe prohíbe convertirla en mercancía para negociarla en el diálogo. La fe es un don de Dios, del cual no se puede disponer a la ligera⁶⁸. Tampoco el sincretismo, que busca un terreno común y anula las diferencias o selecciona ciertos elementos y luego los mezcla de manera incoherente, es admisible. El diálogo verdadero nunca es fácil⁶⁹.

El segundo desafío es la seriedad. El diálogo, bajo ninguna circunstancia, debe disimular la profundidad de las convicciones religiosas de los interlocutores. De ahí que la apertura no debe absolutizar lo relativo, mediante la incomprensión o la intransigencia⁷⁰. Cabe recordar que en toda experiencia religiosa se corre el

63. *Lumen gentium*, núm. 1.

64. Pontificio Consejo, *Diálogo y anuncio*, o. c., núm. 82.

65. *Ibid.*, núm. 84.

66. J. Dupuis, *El cristianismo en las religiones*, o. c., p. 308.

67. *Ibid.*, p. 312.

68. *Ibid.*, p. 313.

69. *Ibidem*.

70. *Ibidem*.

riesgo de absolutizar aquello que no lo es y de entender la apertura al otro como el abandono de la propia fe.

El tercer desafío está relacionado con la fe personal y la experiencia del otro. El diálogo presupone la integridad de la fe personal y la apertura a la fe del otro en su diversidad⁷¹. Por tanto, el diálogo intrarreligioso es condición indispensable del verdadero diálogo interreligioso, dado que es necesario comprender la experiencia desde dentro⁷².

Conocer la religión de otro es más que tener conocimiento de los hechos de su tradición religiosa. Implica meterse en la piel del otro, ponerse en su situación; implica ver el mundo, en cierto sentido, como el otro lo ve; implica plantearse las cuestiones del otro: implica penetrar en el sentido que el otro tiene de ser un hindú, un musulmán, un judío, un budista, etcétera⁷³.

El cuarto y último desafío es el enriquecimiento recíproco. El diálogo no es un monólogo, es decir, no es unilateral. Por tanto, Dios mismo está presente y actúa en las dos partes. De ahí que los cristianos y los interlocutores no se limiten a dar, sino también a recibir⁷⁴. Los cristianos y los creyentes de otras religiones deben estar abiertos.

La plenitud de la revelación en Jesucristo no les dispensa de escuchar y recibir. No poseen el monopolio de la verdad. Por el contrario, tienen que dejarse poseer por ella. Aunque no hayan oído la revelación de Dios en Jesucristo, sus interlocutores en el diálogo pueden verse sometidos más profundamente a aquella Verdad que aún están buscando, pero cuyos rayos irradian sus tradiciones religiosas⁷⁵.

En este sentido, los cristianos pueden beneficiarse doblemente. Por un lado, a través de la experiencia de los otros, enriquecen su fe, y, por otro lado, la purifican, ya que el diálogo suscita preguntas, que llevan a buscar respuestas, en la profundidad del pozo de la fe personal.

6. Conclusiones

El diálogo interreligioso no es fácil. El reduccionismo religioso y el sincretismo están excluidos. Se trata de compartir aquello en que todos somos iguales y de convivir pacíficamente. El verdadero diálogo presupone la apertura

71. *Ibid.*, p. 314.

72. *Ibid.*, p. 315.

73. E. Whaling, *Christian Theology and World Religions*, citado por J. Dupuis, *El cristianismo en las religiones*, o. c., p. 315.

74. J. Dupuis, *El cristianismo en las religiones*, o. c., p. 319.

75. *Ibidem*.

al otro, el abandono del miedo a ser vencido y la admiración de todo aquello que el otro me pueda aportar.

En la Iglesia, el diálogo no es algo accesorio, sino parte sustantiva del proceso de evangelización y del anuncio. Su fundamento teológico se encuentra en la creación, en la salvación obrada por Dios en la persona de su Hijo Jesucristo y en la acción permanente del Espíritu Santo en la historia de la humanidad.

En el diálogo interreligioso, los interlocutores descubren la diversidad de sus tradiciones religiosas y la inmensa riqueza de un Dios único, que los llama a profundizar en el misterio de su amor y su reino, del cual todos somos parte. En consecuencia, todos compartimos la condición de hijos suyos, en búsqueda constante de la verdad.

Este diálogo no sustituye el anuncio del evangelio. Ambos son legítimos y necesarios y se encuentran vinculados íntimamente. El camino del diálogo y del anuncio se enfrenta con obstáculos y dificultades, ninguno de ellos insuperable.

En una sociedad pluralista, como la actual, el diálogo interreligioso cobra gran importancia y plantea desafíos, en el contexto del compromiso y de la apertura, de la fe personal y del valor de la experiencia del otro, y del enriquecimiento recíproco. El Vaticano II nos invita a adoptar una actitud positiva frente a las otras tradiciones religiosas. Todos debemos fomentar el diálogo interreligioso e implorar incesantemente la ayuda del Espíritu Santo para que inspire el camino.

Aun cuando se han dado pasos importantes en la reflexión y la praxis pastoral, todavía falta mucho por hacer. El diálogo interreligioso es muy importante para contrarrestar el indiferentismo y el relativismo religioso. Asimismo, todos los líderes religiosos y todas las personas que profesan diferentes credos tenemos mucho que hacer en los ámbitos de la justicia, los derechos de los más débiles, la libertad religiosa y la convivencia pacífica.